

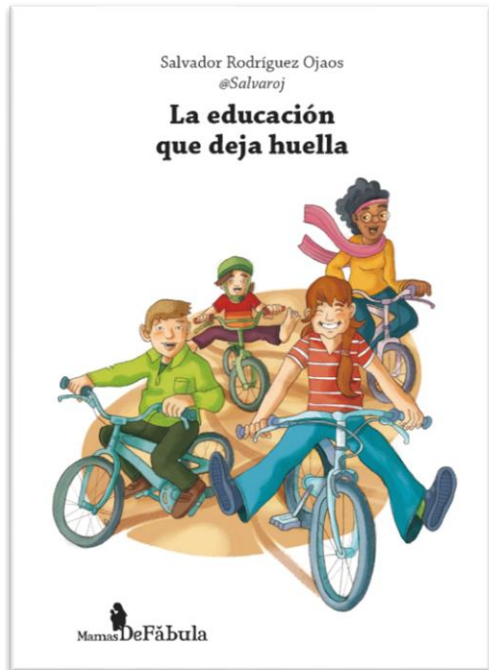
# Educación para cambiar

Susana Leticia Paredes Urunaga  
Instituto Superior de Educación  
(Estudiante de la Maestría en Investigación Educativa)  
susana\_83@hotmail.com

## En reseña de:

Rodríguez Ojaos, Salvador.  
(2017). *La educación que deja huella y no cicatrices*.  
Barcelona, España:  
Mamas DeFábula, 132 pp.  
ISBN 978-84-946173-1-7

El libro, del pedagogo y *bloguero* Salvador Rodríguez Ojaos, es ameno y está redactado de manera sencilla y directa, por lo que es sumamente recomendable para docentes y no docentes. Constituye una recopilación de algunas de las entradas del autor en su *blog*, ordenadas, luego de una revisión de los contenidos (a fin de dotarlos de coherencia interna); no obstante, algunos de los textos fueron reescritos, en atención a los comentarios y a las opiniones de los seguidores de varias de las redes sociales del pedagogo.



Según el prólogo, está dirigido a educadores que desean hacer un cambio en la educación. A mi parecer, también a todos aquellos educadores que deseen mejorar la calidad de su trabajo, sobre todo dándole mayor importancia a los valores, los cuales parecieran estar bastante olvidados en la sociedad actual.

El primero de los cinco capítulos del libro se denomina «Un mundo en permanente actualización» y trata sobre los cambios que se dan en la sociedad en todos los niveles, incluida la educación, teniendo como referencia explicativa a la obsolescencia programada y al uso de tecnologías que hacen que ciertos conocimientos no sean adquiridos de la forma adecuada, sin el tan significativo proceso de formación de este; además, habla del problema que representan las desigualdades económicas; pues, según el autor, debe ser considerada para entender el contexto, y a partir de ahí, comprender aún mejor a la educación actual. Además, el educador debe dotar a los estudiantes de filtros que les ayuden a distinguir cuáles son las informaciones de fuentes confiables.

En el segundo capítulo, «La educación», se trata el problema que representa el «aprobar y no aprender» y se llama «aprendizaje fingido» a aquel que surge de memorizar los

contenidos sin llegar a su comprensión, lo cual sirve para un simple objetivo: «aprobar». A continuación, habla sobre la importancia de que el docente aproveche la plasticidad cerebral, para formar personas activas, críticas y capaces de adaptarse a los retos que se vayan presentando en la sociedad.

«Desmontar tópicos educativos», es un subcapítulo que trata sobre la ruptura de los esquemas tradicionales para lograr el desarrollo autónomo a lo largo de la vida, que es lo que deja huella; mientras, en cambio, son las cicatrices las que nos impiden lograr la autonomía. El autor menciona algunos ejemplos de la educación tradicional aún presentes, que pueden causar cicatrices y que debemos evitar, posteriormente realiza una crítica al sistema educativo y a los involucrados como legisladores educativos, docentes, estudiantes, familias. Enfatiza la influencia de la política y los cambios propios que conllevan las transiciones, también ataca a la creencia de que la excesiva memorización es más importante que la aplicación de los conocimientos para la resolución de problemas. Asimismo, indica la poca importancia que se da a la educación en valores; y, por último, menciona el poco interés que se les da a los docentes.

Rodríguez expone algunas importantes sugerencias a tener en cuenta, como trabajar para que los estudiantes adquieran las herramientas necesarias para poder adaptarse a los cambios, facilitarles el acceso a la información, y trabajar para que sean capaces de cuestionarse sobre los distintos contenidos estudiados para que puedan aplicarlos. El autor, en sus reflexiones, insiste en lo valioso que es lograr que los estudiantes consigan el aprendizaje autónomo.

«La mirada desafiante de la buena educación», es una sección incluida también en el segundo capítulo, en la que se manifiesta que lo importante no es precisamente el proporcionar datos al educar, sino más bien ayudar a que los propios estudiantes sean capaces de tener sus propias concepciones y miradas. Aquellas que los llevarán a convertirse en personas con sentido crítico, y de esa manera los ayudará como personas y, más que nada, como miembros de la sociedad.

El escritor manifiesta la necesidad de asumir que la educación también está en constante cambio y que los cambios pueden resultar paralizantes para algunos educadores. Ante esto, lo único que se puede hacer para ayudar a no caer en el pánico paralizante, es formarse permanentemente e innovar. Otra sección incluida dentro del

mismo capítulo, «Enseñar a desaprender, enseñar a olvidar», trata sobre fomentar la capacidad del estudiante en cuanto a exploración o investigación de lo vigente. También, promueve a que el educador entienda que el mundo está constantemente cambiando y que la sociedad lo hace de igual manera, lo que conlleva la necesidad de abandonar la formación memorística y dar lugar a la formación mediante la acción, a la enseñanza de valores y la capacidad de adaptación a los cambios.

«El cambio de paradigma educativo» menciona a la importancia de entender, que deben ser previamente analizados los cambios que adoptemos como docentes a la hora de educar, y que igual que la falta de cambios (en un mundo tan cambiante) puede ser igualmente catastrófico el hecho de modificar sin fundamentos. Luego, hace referencia a la educación como instrumento capaz de combatir las diferencias sociales talentos que existen en el mundo en que vivimos.

El subcapítulo 2.1 se denomina «La educación emocional», donde el autor acertadamente hace una analogía entre el acto de educar y una adicción, y este anima a que los educadores que posean dicha «adicción», la potencien para mejorar la calidad educativa, y con ello colaboren a

despertar emociones en los estudiantes para reforzar o generar un aprendizaje significativo. También hace hincapié en potenciar en los estudiantes actitudes que favorezcan el logro de sus objetivos y propone varias destrezas que podrían favorecer al éxito de estos.

En el subcapítulo 2.2., denominado «Los valores», el autor remarca la necesidad de educar en valores, en un mundo donde la información se multiplica a diario y donde todo puede cambiar de un día para otro. También propone diez valores que cree son fundamentales a la hora de educar, para él estos ayudarían a eliminar barreras individuales, y formarían personas capaces de contribuir positivamente a la sociedad.

Es en el subcapítulo 2.3., titulado «La creatividad», donde aconseja al educador a enfocarse en dar a sus estudiantes los conocimientos que los ayuden a adaptarse más fácilmente a la sociedad y a los cambios que velozmente se producen en ella. Seguidamente hace referencia a la necesidad de educar a los estudiantes para que adquieran la capacidad de hacerse preguntas de contexto, que sería la mejor forma de adaptarse al mundo actual. Asimismo, da importancia al aburrimiento como generador de la creatividad.

El subcapítulo 2.4 se denomina «La cooperación», hace referencia a la necesidad de abandonar la medición cuantificada de la adquisición de conocimientos de los estudiantes, dar más bien una educación de calidad y no de cantidad. Posteriormente, el autor hace referencia a la transversalidad en el aprendizaje, en el cual resalta la importancia de que la mejor forma para adquirir conocimientos es aquella donde el docente y el estudiante colaboran de manera recíproca para la adquisición de conocimientos y de esta forma se potencie la formación en valores.

«La innovación» se denomina el subcapítulo 2.5., en el que Rodríguez hace hincapié en que el docente se ve actualmente obligado a formarse en todo lo que conlleva el uso de las tecnologías y el conocimiento para llevar a cabo el proceso de enseñanza. Además de tener presente que el uso de estas trae consigo ciertos riesgos que se deben conocer para evitar caer en ellos.

El capítulo 3 lleva el nombre de «La escuela» y hace referencia a cambiar el paradigma tradicional de lo que es la escuela, verla como un lugar donde se fomente la creatividad como parte de la obtención de saberes y a dejar de lado la imposición de contenidos. También el autor promueve la

libertad de expresión, la imaginación y la creatividad, así como el evitar la obstrucción de cualquier proceso creativo del estudiante, a fin de dejarlo fluir. Por lo expuesto, luego expone lo fundamental que es la empatía en el aula a la hora de formar, de manera constructiva.

«¿Cuántos talentos hemos matado en la escuela?», esta es una sección que está incluida dentro del capítulo 3, donde Rodríguez pide a los educadores potenciar la creatividad de los estudiantes y no sancionarla o dirigirla hacia lo tradicional, solo así el estudiante se formará dentro de sus propios talentos naturales. Además, se refiere a la necesidad de abandonar el concepto de que la institución educativa es el único lugar de formación y facilitarles a los estudiantes el conocimiento de herramientas para su educación autónoma, respetando sus talentos individuales. Asimismo, menciona la necesidad de tener en cuenta la diversidad social y todo lo que ello implica, pues de esta manera se respetarán las capacidades y los talentos, y se podrá potenciar la educación en valores.

El capítulo 4 se denomina «La docencia», y narra una historia familiar en la cual se hace un paralelismo con la educación tradicional, enfatizando la necesidad del cuestionamiento por

parte del docente sobre el porqué de su labor, si es que realmente le ayuda a alcanzar sus objetivos. También se hace referencia al valor de la emoción a la hora de educar, puesto que los contenidos informativos con los cuales contamos en la actualidad aumentan desproporcionadamente. El educador debe más bien fomentar la formación en valores, ya que la sociedad adolece por la falta de ellos. Resalta que todo educador, para educar en valores, debe reflejarlos.

En el texto se explica que los seres humanos somos seres capaces de aprender y que esa capacidad es innata, recurso que debe ser utilizado por todo educador de manera eficiente para lograr una real adquisición de conocimiento, y se insiste sobre la importancia de tener siempre presente la empatía con los estudiantes para conseguir el mejor reflejo de estos.

En el último capítulo (quinto) «Diez propuestas concretas para cambiar la educación», el autor resume las ideas expuestas en todo el libro a fin de enfatizar aquellos puntos que, para él, conseguirán que una educación no deje cicatrices, sino más bien huellas.



Esta reseña se publica bajo licencia

**Creative Commons**

Reconocimiento – NoComercial -  
SinObraDerivada 4.0 Internacional  
(CC BY-NC-ND 4.0)

**ISSN 2224 7408**